

EL MERIDIANO

Esperanza Pamplona

Siniestra maestría

LA crueldad y la violencia jalonan nuestro periplo desde que existimos. La civilización ha conseguido que las condenamos moralmente pero no las ha erradicado. Solo echando un vistazo por encima del hombro al pasado encontramos los campos de concentración nazis, las atrocidades chetniks, el infierno de Chechenia, el genocidio ruandés, las torturas en Abu Ghraib, el régimen de Pol Pot, las matanzas en Nigeria de Boko Haram... y si miramos más atrás... más y peor.

Ahora el testigo del horror extremo lo ha recogido el Estado Islámico. No sé si su salvajismo es mayor o menor que el de otros. Pero hay una diferencia. Ellos hacen bandera de la crueldad y la exhiben para acrecentar su fama y captar seguidores.

Lo de la fama es fácil de conseguir. Si por algo recordamos a Vlad el Empalador, a Hitler, a Stalin, a Calígula o a Idi Amin –por citar algunos– es por las barbaridades que cometieron en nombre de banderas diversas. Lo que pasa es que sobre aquellos ejercicios de violencia se intentaba mantener una difusión controlada. Era preferible que se intuyeran a la certeza. Así se lograba un factor fundamental: el miedo. Pero también se salvaguardaba de alguna manera la imagen.

El Estado Islámico quiere que su imagen sea la de la violencia extrema y el dolor máximo en nombre de una supuesta autoridad moral que se arroga. Y para ello se sirve tanto de la última tecnología como de los métodos más clásicos. De hecho, el delirio ha llegado al extremo de que no solo graban sus asesinatos (crucifixiones, decapitaciones, incineraciones de personas vivas...), sino que después obligan a la gente a asistir a esas proyecciones en las plazas de los pueblos. Vídeos en los que no solo se mata, también se hace propaganda. Los versículos del Corán salpimientan la carne, pero también las imágenes de un ejército bien pertrechado, impecablemente uniformado, con medios y fuerza. El terror se apodera de Oriente y Occidente. Y el cóctel capta adeptos.

Entre las debilidades humanas sobresale con mayúsculas la fascinación por el poder. Y no hay mayor poder que el que decide sobre la vida y la muerte. Ni mayor estúpido que el que vende su alma por sentir algo de ese poder entre sus manos.

El El no ha inventado nada. Pero hay que reconocerles una siniestra maestría en la promoción de la maldad.

Francisco y los lobos del Vaticano

ESTOY seguro de que, si se pudiera hacer esa encuesta, Francisco sería el papa más querido por la opinión pública mundial en los últimos siglos. Sin embargo, en determinados ámbitos de la curia vaticana se desconfía de él y se le ve como peligroso y dañino para el catolicismo. Los grupos más conservadores están nerviosos, porque somete a debate cuestiones morales y sociales de trascendente actualidad y le achacan que estaría desconcertando a las comunidades católicas. Sin embargo, ya desde su primera aparición en la logia de la basílica de San Pedro después de su elección, una larga secuencia de gestos y hábitos –en realidad todo su modo de vida– han evidenciado que Francisco es un pontífice singular e inédito. Quizás por esto circulan muchos rumores maliciosos en la Ciudad del Vaticano, tan peregrinos y huecos como que va a dejar su sotana blanca para vestirse de rojo, como cualquier cardenal, o que sustituiría la pomposidad y el soberano estilo pontifical de sus antecesores por simplicidad y austeridad.

¿Se sabe Francisco una excepción pasajera en la cátedra de Pedro? ¿Considera su pontificado como un interregno en la historia de la Iglesia? Durante el vuelo que le traía de Corea dijo a los periodistas que su papado duraría «dos o tres años; después me espera la casa del Padre». Tal vez estuviese pensando también en el retiro, que ya no sería algo insólito después de la dimisión de Benedicto XVI. Por otro lado, no es la primera vez que se airea que el Papa estaría amenazado. Especialmente, después de su viaje a Reggio Calabria, donde excomulgó solemnemente a las mafias; al igual que se le ha considerado objetivo del terrorismo islámico. Ahora bien, son cada vez más los vaticanistas avezados y buenos conocedores de los entresijos de la Santa Sede, quienes afirman que las amenazas más sutiles provendrían de la curia romana.

EL REFLEJO

El papa Francisco es muy querido por los fieles, pero dentro del propio Vaticano no le faltan la crítica y la oposición.

Por José Luis Martín Cárdbaba



Desde los inicios de su pontificado Francisco manifestó su firme decisión de llevar a término reformas estructurales, como la de la banca vaticana (IOR) y la de la curia, de practicar la tolerancia cero ante los casos de pedofilia, el propósito de acercarse a las familias y a los pobres, de revisar desde la piedad y la misericordia cristianas la postura de la Iglesia ante los divorciados vueltos a casar, la aceptación sin aspavientos de los homosexuales, etc. En definitiva, una serie de medidas pastorales y sobre la moral católica que, como decía a los franciscanos norteamericanos el cardenal Madañaga (uno de los elegidos por Francisco como sus estrechos colaboradores), sirvan para superar la imagen de una Iglesia «estancada en el contenido del sexto mandamiento» o de una curia vieja anquilosada y temerosa de perder los privilegios actuales. Los grupos más tradicionalistas ven en Francisco un «mo-

deralista desenfrenado» que, según Marco Tosatti, vaticanista del diario 'La Stampa', «sume en la perplejidad a muchos obispos».

Otro acerbo crítico de Francisco es el cardenal archiconservador Raymond Burke, degradado recientemente a funciones honoríficas, quien decía, venenosamente, que la «Iglesia parece una barca sin timonel». Damian Thompson, periodista de 'The Spectator', se refería a la reforma curial como el «inicio de una guerra civil» en Roma y, de un modo un tanto panfletario, hostil y exagerado, aseguraba que determinados círculos católicos ultras no descartaban un cisma. Marco Politi, por su parte, en un libro titulado 'Francisco entre los lobos', detecta que muchos obispos «aplauden lo que predica el Papa, pero luego no hacen nada». Valiéndose de una imagen plástica, compara a la Iglesia con un coche atascado en la arena: «Las ruedas giran sin cesar, sin embargo el vehículo ni sale del atolladero ni avanza».

Hay, pues, cierta confusión o ambivalencia entre la jerarquía: unos aplauden las medidas pastorales o sociales del papa, pero adoptan un talante hostil ante posibles variables morales. Al igual que crece también la tensión sobre la futura reforma de la curia o sobre los debates sinodales. Entre los reacios a tales reformas se encontraría el cardenal alemán Gerhard Müller, amigo de Benedicto XVI, quien lo nombró prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (otrora Santo Oficio), epígono de la textura indisoluble del matrimonio y que rechaza el argumento cristiano de la misericordia y el perdón. Otro sería el cardenal australiano George Pell (llamado irónicamente por los romanos 'Pell-Pot', por su autoritarismo intransigente), quien se opone a ciertas aperturas propuestas en el último sínodo. Más curiosa es la postura del cardenal de color surafricano Fox Napier, que tilda tales cambios como contrarios a la con-

cepción y valores africanos de la familia. Frente a este bloque tradicionalista, habría que colocar al cardenal Walter Kasper, un teólogo alemán de talla sólida, exprofesor en Múnster y Tubinga, abierto de mente y espíritu, quien decía recientemente: «La doctrina de la Iglesia es flexible, pero algunos la quieren cristalizada».

Han aparecido, además, numerosos halcones de segunda y tercera fila tras el sínodo de 2014, rebeldes militantes contrarios a cualquier reforma. Un amigo de la embajada española ante la Santa Sede me revelaba que en círculos diplomáticos romanos se critica al Papa, 'sotto voce', considerando que es populista, que no es un gran teólogo y que no tiene las ideas y los objetivos claros. Me contaba de un monseñor vaticano que repetía «¿qué se ha creído ese pobre jesuita argentino?», mientras lamentaba que el cónclave se hubiera equivocado en la elección. Habría que preguntarle al citado eclesiástico dónde dejaba el soplo del Espíritu Santo.

Después de esa conversación, no me ha sorprendido que el escritor integrista Antonio Socci se haya atrevido a contestar la validez de la elección del cardenal Bergoglio como papa Francisco, en un libro que ha publicado con el título 'No es Francisco. La Iglesia en la gran tempestad'. Sin embargo, para la mayoría de los católicos esas críticas destructivas hacia el Papa no tienen fundamento y son mera polvareda de tradicionalistas intransigentes. Francisco es, para la gente, un verdadero pontífice en el sentido más literal del vocablo latino, es decir, arquitecto de puentes y vías de acceso hacia la unión, la conciliación y el amor. Su magisterio y autoridad papales residen en el hablar con un lenguaje sencillo, directo e inteligible para su variopinta grey universal; pero, sobre todo, en predicar con el ejemplo y con las obras, pues es en la vida donde se manifiesta 'el Dios de las sorpresas'.

Derechos lingüísticos bajo mínimos

LA Ley aragonesa de Presupuestos, aprobada el 30 de diciembre, además de tratar los temas fiscales que le son propios, incorpora cambios legislativos en segundo plano que le son ajenos. Entre ellos se encuentra la supresión del catalán y el aragonés en la Ley de Patrimonio Cultural Aragonés. Este tipo de maniobras intenta ocultar temas espinosos al debate público. Y la política lingüística, por más que debería tratarse desde un espíritu abierto, inclusivo y de protección del patrimonio, ha dado con importantes polémicas, en las que el Gobierno se ha visto envuelto de forma innecesaria, como el ya famoso Lapao. El origen histórico del catalán en Aragón es avalado por la Universidad de Zaragoza, la Real Academia Española o el Consejo de Europa.

En el antiguo redactado de la Ley de Patrimonio se afirmaba que «el aragonés y el catalán, lenguas minoritarias de Aragón, en cuyo ámbito están comprendidas las diversas modalidades lingüísticas, son

LA TRIBUNA

Por Natxo Sorolla, Chabier Gimeno, Rosa Bercero, Ceci Lapresta, Antonio Eito, Josep Espluga, Ánchel Reyes, Javier Giral y Maite Moret, lingüistas

una riqueza cultural propia y serán especialmente protegidas por la Administración». En 2013 se aprobó la segunda Ley de Lenguas, en la que, de forma destacada, no se nombraba las lenguas que pretendía proteger. Aunque se reiteraba el reconocimiento del uso, la protección y la promoción de las «len-

guas y modalidades lingüísticas propias de Aragón», estas no eran definidas y tan solo parecía especificarse que eran dos (y no más) en la definición de las zonas de utilización de «la lengua aragonesa propia de las áreas pirenaica y prepirenaica» y de la «lengua aragonesa propia del área oriental». Por ello calaron en la opinión pública los acrónimos de Lapao y Lapapyp.

La Ley de Patrimonio permitía resolver esta carencia, definiendo cuáles eran estos dos lenguas de acuerdo a los estudios filológicos. El articulado se aprobó en 1999, cuando gobernaban el PP y el PAR, como actualmente, y con el voto favorable de todos los partidos. Las coincidencias hacen que Javier Callizo fuese consejero de Cultura en ese momento (PAR) y que actualmente ocupe el cargo de director general de Patrimonio Cultural.

El nuevo redactado elimina las denominaciones de catalán y aragonés para apuntar que «además del castellano, Aragón tiene como

propias, originales e históricas las lenguas aragonesas con sus modalidades lingüísticas de uso predominante en las áreas septentrional y oriental de la Comunidad Autónoma», liquidando cualquier referencia a cuáles son las lenguas a proteger. El único mecanismo posible por el que la Ley de Lenguas puede resolver esta indefinición de lo que se protege es la Academia Aragonesa de la Lengua. Pero esta institución inexistente no cuenta aún con sus estatutos, que debían ser aprobados ocho meses después de la entrada en vigor de la Ley, por lo que llevan más de un año de retraso. Únicamente mediante el reconocimiento del catalán y el aragonés, objetos de protección y promoción por parte de la legislación aragonesa, como lenguas propias de Aragón, es posible iniciar los mecanismos de estabilización de estas comunidades lingüísticas, además de la reversión de los procesos de sustitución de este patrimonio aragonés.